

LA ACTUALIZACION DE LOS SUPUESTOS DE LA ACCION INTERNACIONAL ESPAÑOLA

I

El título de estas apreciaciones, se presta a equívocos. Podría servir para un voluminoso estudio monográfico o para un simple capítulo en un Tratado de Relaciones Internacionales. Pero aquí lo empleamos con un alcance mucho más modesto: se trata de concretas reflexiones u observaciones, sobre los cambios que los acontecimientos internacionales están imponiendo en las relaciones exteriores españolas contemporáneas. Algunas consagradas ya por los giros, a veces rectificatorios, de nuestra política extranjera. Pero otras soslayadas, quizá por una mala entendida fidelidad, no a principios respetables, aunque privados de su base fáctica; sino por algo que nos sugiere cierta pereza de percepción o de acomodación; o al menos lentitud en efectuar esta última. No creemos que nuestra diplomacia sea miope ni menos ciega; simplemente en ella se refleja algo más general, que equivale en el Estado español a esa vetustez vital que para las personas denota la arteriosclerosis. Y, sin embargo, el Estado español no permanece tan inmóvil como se dice en estos últimos tiempos. Con la Ley Orgánica ha completado decididamente un proceso constituyente antes lento y confuso, ahora más definido. La Ley de Designación Sucesoria es otro importante paso hacia el futuro. Se ha aprobado un II Plan de Desarrollo, y se va a la aprobación de normas tan importantes como las Leyes de Educación y Sindical. Guste más o menos, lo que en cada caso se hace, lo importante es que se haga. La acción exterior española, tan remozada desde 1945 a 1963 —ó 1968 como máximo— puede perfectamente guardar paridad con la actividad interior. Hombres capaces existen. Aunque no esté a su alcance —ni al de España como potencia, cual sucede incluso a las más poderosas— resolver rápidamente los problemas abiertos, o resolverlos tan favorablemente como sería de desear. Cuesta trabajo creer que se trate de pereza mental. Más bien pensamos en que el po-

sible error —por supuesto corregible— radica en prolongar la fidelidad a orientaciones tan superadas por la marcha de los acontecimientos, que corremos el riesgo de quedarnos atrás y a solas, en un mundo de ilusiones o ficciones, para cosechar sólo, títulos huecos, como —ejemplo al azar— el de "campeones del anticomunismo gratuito"; tal como lo configuraron colosos a los que seguimos de buena fe, cuando ellos llevan años de aproximación al supuesto "Poder intratable", y se repliegan de su vieja estrategia mundial ya rebasada, pero secundada aún por nosotros.

II

Hay muchas declaraciones, discursos y otros textos más o menos definitorios de las grandes líneas de la posición exterior de España, que enlazan con los objetivos tradicionales —los "dogmas nacionales" de Vázquez de Mella variadamente respetados por todos, bajo todos nuestros regímenes— de manera bastante clara. Así: a) pacifismo y cooperación internacional, comenzando por la multilateral que brindan las organizaciones accesibles. b) fraternidad activa peninsular, e hispano - americana. c) amistad con los países árabes y mediterráneos, extensible al "Tercer Mundo" y corroborada con nuestra participación en el proceso descolonizador; en general descolonizando, y en el caso de Gibraltar, pidiendo ser descolonizados. d) intentos de cooperación regional europea empezando por la "buena vecindad" pirenaica, que no desconocen los obstáculos iniciados por las proscripciones políticas y terminados con las murallas económicas del Mercado Común. e) contribución a la seguridad mundial, como complemento y no rectificación del pacifismo, "montando la guardia" a nuestro alcance, frente a los presuntos o consumados agresores, y al lado de los sostenedores del sistema mundial en el que España cree estar; el que proclama o permite el respeto a Dios y a la libertad humana. Si la anterior presentación no ha sido feliz, nuestra es la culpa; no de los definidores de nuestras premisas exteriores, elocuentes hasta la saciedad. Y, prescindiendo de los defectos de nuestra presentación, nadie puede negar que aquellos cinco puntos son rotundos; ofrecen base razonable de formulación; encajan en el pensamiento exterior español "de siempre" y brindan sugestivos campos de acción; dentro de nuestras perspectivas reales.

III

Que España es pacifista desde que en 1815 "se retiró a su tienda" está claro: si no se cree en nuestra virtud, al menos en nuestro instinto de conservación. Ha habido episodios bélicos distractivos —breves e infructíferos— a lo largo del siglo XIX; sufrimos una agresión no provocada en 1898; tras coqueteos sin consecuencias a principios del siglo XX (por temor al aislamiento), nos enzarzamos en una guerrilla colonial —de triste evocación— en Marruecos; y padecimos la intervención de medio mundo en nuestra contienda de 1936-1939. Pero evadimos las dos guerras mundiales, incluso resistiendo tentaciones sugestivas, y comprobando que el ex-adversario suele ser mejor tratado que el no-beligerante. Liquidamos rápidamente algún intento alborotador. —Ifni - Sahara— y hemos dado tintes de guante blanco a nuestra reivindicación de Gibraltar. Buena postura moral: pero no garantiza la reciprocidad ajena. ¿Cuántos planes de agresión a España yacerán guardados y exhumables en los archivos militares extranjeros? Por otra parte creímos en 1953, que repudiados de la O. T. A. N. —sin perjuicio de que ésta se beneficiara potencial e indirectamente de nosotros— los acuerdos con los Estados Unidos, servían para nuestro deber mundial de contribuir a la seguridad preservadora de la guerra ("si vis pacem..."). En su momento el cálculo fue acertado y eficiente. Sólo que catorce años después, mientras la O. T. A. N. sigue excluyéndonos —tan ridícula como molestamente— el Tío Sam se ha cansado del liderato occidental, y cuando más, quiere ser un partner, temporal y mutable por cuenta propia —esto es, sin contar previamente con sus socios— en la magna tarea de la supervivencia mundial; otra cosa le arruina, y —en Vietnam— le desangra sin resultados. Es inútil que por superficiales "deslumbramientos" técnicos, por inercia diplomática, o por recelo ante la difícil tarea de buscar soluciones de recambio, queramos prolongar lo que ya no existe. Seguir en Rota, bueno: como tener un cortijo barato y que renta, mientras no se le abandone. Pero no mucho más. Y en efecto: hay pocas opciones claras o fáciles o satisfactorias. Mas la dificultad, obliga a aguzar el ingenio y los tanteos. No tenemos panacea, ni fórmula, ni nada novedoso que sugerir. Si podemos consignar que ya tendrían que ser mayores, y en lo posible, mejores, nuestras relaciones con los países llamados del Este. Moscú no ha salvado a El Cairo, porque

era El Cairo el que tenía que salvarse; pero ha cumplido sus compromisos de suministro. Washington tampoco ha dado sangre a Israel; sino dólares y armamento. Porque nadie puede estar seguro en España, de que algún vecino retrasado no desentierre las viejas tácticas del ataque "distractivo" al pedazo español que le caiga a mano; o de que, quien —contra su leyenda— es mal jugador y peor perdedor, quiera cortar la discusión, diplomáticamente desfavorable, con algún incidente violento que le facilite congelar (?) el status que no puede mejorar. El problema es para pensarlo. La búsqueda de apoyos coincidentes, inexorable. El acuerdo Marruecos-Mauritania sabroso.

IV

España "va bien" —aunque no gratuitamente— en la O. N. U., y en las organizaciones técnicas que de ella dependan. Fuera de la O. N. U., no va por ningún lado, aparte de los escasos organismos que la ligan con Iberoamérica (U. P. A. E., O. E. I., etc.) y de la inoperante O. C. D. E. Europa sigue cerrada. No somos jactanciosos ni optimistas; pero pensamos que los desdeñosos pudieran tener que llamarnos con cierta urgencia (¿seremos amnésicos?) y que entre tanto, algo se puede hacer frente al creciente dogal del Mercado Común. Algo más que negociar "au ralenti" y formular declaraciones personales no exentas de pretenciosidad, como si los españoles —afónicos o ruidosos— fuéramos tontos. Porque nuestros bloqueadores suelen tener copiosos saldos favorables, en lo comercial, y en lo invisible, mediante la colonización financiero-industrial. Si la réplica simultánea es difícil, la escalonada puede no serlo tanto, escogiendo bien las prioridades.

V

Pues si lectores, tomamos en serio al peninsularismo y al hispanoamericanismo, que durante tantos lustros brindaron materia a la retórica y a la ironía. Se ha hecho mucho, y discretamente, desde 1939 ó 1950; y se sigue haciendo, pese a los fuertes —y no superables de momento— obstáculos para nuestras metas y logros. La cooperación en la familia, ya es realidad a escala modesta; lo que aconseja seguir de cerca los nuevos horizontes del americanismo, cuando esa variedad del "tímo de la estampita" llamado Alian-

za para el Progreso, ha quebrado, y mientras la A. L. A. L. C. sufre fuertes embates. Hay problemas escandalosamente enquistados —la ausencia de relaciones con México— pero el conjunto marcha. Y marcha la cooperación peninsular, pese a la lógica disparidad de situaciones en África; pero va modestamente. En este campo, creemos que los dos países peninsulares, pueden en mutuo beneficio, forzar el ritmo de sus cooperaciones. Si no lo hacen, entre otras cosas, el autor es dueño de creer en la brujería, entendiendo por tal a los malos espíritus extrapeninsulares, a los que se los puede seguir haciendo caso en cualquiera de las dos capitales; pese a frescos escarmientos, como la prueba de la fidelidad de los brujos, digamos, por ejemplo, y al azar, cuando el asalto a Goa, o el bloqueo a Beira. Por tomar ciertas iniciativas, delicadamente, no perderíamos mucho. Y sin dejar de tomar en serio y con afectuoso respeto la cooperación con los países árabes y del Tercer Mundo, ante ella hemos de ser más realistas y menos veloces en los optimismos tangibles. Ni podemos hacer que en el Oriente Medio reine una paz digna, posible y aceptable para todos —como la que Burguiba señaló cuando era tiempo— ni, votaciones en la O. N. U. aparte, podemos esperar demasiado de aquéllos: quizá, alguna baratura en alguna importación. En cambio, mientras ayudemos en lo posible a los árabes y al Tercer Mundo —muy flexiblemente concebido, por su heterogeneidad— tenemos el derecho —ya casi imperioso— de recordar con hechos en algunos lugares, que después de haber descolonizado lo descolonizable, si es que no más —cronológicamente calculando— lo menos que podemos pedir es reciprocidad y lealtad. No la hay, si se sigue aspirando a "morder" tierras españolas, y si se sostiene con brazos y vituallas la fortaleza británica, Portazgo Mediterráneo, colonia sionista, y foco infeccioso, del Peñón. Sin que la vida de ningún vecino dependa de nosotros, algunos de sus buenos o malos problemas, si que dependen. Creemos también que la paciencia generosa de viejos experimentados frente a los jóvenes medianamente preparados ("nostra culpa...") ha de ir jalonada por garantías corroboradas. Y no juzgamos precisas otras especificaciones, sobre quienes son esos jóvenes, ni el grado de su pigmentación. Ni a dónde pueden conducir las aproximaciones a sus vecinos federales.

El sueño de una mayor colaboración mediterránea, pertenece a ese mundo de wishfull thinkings, donde yacen la unión europea, la unión latina (¿no la recuerda nadie?) y tantas otras cosas idealizables. Podríamos quizá modesta y substanciosamente, tantear una conferencia mediterránea, con el fin de desnucleizar y limpiar de extraños el viejo Mare Nostrum, ahora Mare Alienii. Aunque no le guste a ciertos "amigos" y les guste a gentes no clasificadas como tales. Encontrar ecos, donde sea, nunca estorbó. Quedarse quieto para no irritar a nadie, resulta suicida: algunos sólo se contentarían con nuestra desaparición.

VII

La pluma corrió más de lo pensado y de lo debido. Pero la idea —clave de estas líneas— vale y sigue en pie: dormirse en laureles marchitos o gastados, no puede ser. Cansarse de multiplicar los contactos y tanteos; asustarse ante las nuevas perspectivas que están ya en el orden de las realidades, tampoco sirve. Superamos agresiones y bloqueos en 1950, porque no nos quedamos quietos o resignados. Tenemos que superar ahora el "quietismo" parcial de una trayectoria exterior que tan buenos frutos dio cuando marchaba acompañada con el reloj del momento mundial. Y como los españoles —y especialmente los técnicos en la materia— están preparados, hay que apartar el lastre de los intereses creados de origen privado o sectario, que rematen con alguna inconveniente liaison extranjera. No es que se pueda actuar en público a gusto de todos; o realizar siempre lo que sabemos que nos conviene nacionalmente. Pero se debe y puede actuar con decisión, claridad y la adecuada rapidez, sin "parones" para que España pueda tener lo que debe ser de España, sin que con ello se obste a que los demás —de fuera o dentro— tengan lo que salvando los vitales objetivos nacionales, puede quedarles o concedérseles. La diplomacia no es como la política, "el arte de lo posible", sino el de hacer posible lo que parece que no lo es.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

CONTENTS